

Palabras del Señor Arzobispo Antonio Chedraoui

“En todo demos gracias, pues esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de nosotros” (1 Tes. 5,18).

Y ¿cómo no dar gracias, especialmente el día de hoy en el que he rebasado los tres cuartos de siglo? Gracias, Señor mío, por permitir que la rueda de mi vida siga su camino y haya cumplido 76 años.

Años en los que cada cosa ha tenido su momento, su tiempo. Tiempo de nacer y de crecer, de enfermar y de sanar, de sembrar y de cosechar, de llorar y de reír, de callar y de hablar, de aprender y de enseñar; pero sobre todo de amar, de amarte a ti y a mis hermanos los hombres.

Gracias, Dios mío, por darme fuerzas para tratar de cumplir con la tarea que me has encomendado. Gracias por tu gran paciencia, por tus innumerables delicadezas y bendiciones con las que me has colmado.

Gracias por haberme dado como tierra natal “el país de los Cedros”, el Líbano, que significa “incienso”, incienso que ha esparcido aromas de paz, armonía y justicia al mundo entero.

Sí, Líbano es un país de paz, paz que ha recibido de sus antepasados a lo largo de toda su historia, historia de siglos, y particularmente cuando Cristo la bendijo pisando su tierra. Es un país de paz y no de terrorismo y terroristas. Nunca ha provocado guerras; ha sido agredido, pero jamás, agresor.

Así debemos verlo y así debemos reconocerlo. El mundo entero da testimonio de lo que es el libanés, y prueba de ello, la tenemos aquí en México, donde los libaneses forman una parte fundamental de la economía mexicana.

Y al igual que todos mis antecesores venidos de aquella porción bendita de oriente, llegué a esta tierra predilecta y bendecida por Dios. Yo no conocía México, pero lo conocí y lo amo incondicionalmente.

El Señor quiso enviarme aquí con la misión de predicarlo, de multiplicar su mies, de bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y de enseñar a guardar todo lo que Él nos ha mandado. Y durante más de cuatro décadas me he esforzado en cumplir su encomienda en esta tierra amada.

Gracias, Señor, porque me diste esta tierra mexicana, que con orgullo llevo su nacionalidad, lucho por su bienestar y, junto con mis hermanos clérigos, me aforo en lograr un México, próspero, justo y pacífico, donde impere la ley del amor fraterno.

De un México cuyo ayer ilumine el camino del hoy y del mañana. De un México libre que desconozca la discriminación y llame a la hermandad de los pueblos y al respeto al derecho ajeno, el cual es fuente de paz y de justicia.

Gracias, Señor, por llamarme “Antonio” y darme como patrono, custodio y modelo, a ese hombre amante de los pobres y de la santidad, que vivió las enseñanzas de Jesús, el Cristo, se adhirió fielmente a la doctrina recta de los Santos Padres y amó a su prójimo más que a sí mismo; a San Antonio el Grande, que a diferencia del joven del Evangelio ante la mirada amorosa de Jesús, hizo caso a su llamado a la perfección.

Gracias, mi Dios, porque sin importar su tipo de liderazgo, sea religioso o político, en medios de comunicación empresarial o social, has reunido a mi derredor, a estas personas tan queridas para mí, para convivir como amigos, como hermanos y amantes de México.

Gracias, por darme la oportunidad de hacer un llamado a mis hermanos mexicanos, para unirnos, no solo de palabra; sino con hechos en la construcción de nuestro México que tanto nos necesita.

Pues, por mencionar algo, ¿cómo podemos decir que hay democracia, si vemos que la intolerancia ha costado 27 agresiones a nuestro hermano el Señor Cardenal Norberto Rivera Carrera y su Catedral. Actos por todos condenados?

¿Cómo es posible la existencia de grupos armados, guerrilla y que hasta la matanza se haya convertido en pan de cada día?

Ya es hora de que México deje de ser el país de las diferencias permanentes, de las elecciones permanentes y de las impugnaciones permanentes. Es tiempo de olvidar lo que nos divide y pensar ya en lo que nos une en el presente y en el futuro. Unámonos. Dios quiere un solo México y no muchos mexiquitos.

Y, no cabe duda, que un papel importantísimo en esta unión y reconstrucción, lo puede desempeñar su majestad, la cuarta fuerza en el mundo, los medios de información masiva; por eso, los exhorto a que el contenido de sus programas sea un sólido y constante grano de arena que nos impulse a los mexicanos a la unión, a la superación, y fomente nuestro amor a México.

Construyamos el país que anhelamos y soñamos; y para ello, también exhorto a todos mis hermanos mexicanos a preocuparnos en verdad por nuestro País, a amarlo más con hechos cumpliendo concienzudamente con nuestro deber, cada uno en el lugar que Dios nos ha puesto. Y sin olvidar que venimos a este mundo a servir y no a ser servidos. Que todos somos servidores, unos públicos y otros no; pero, al fin y al cabo, servidores.

Vamos a construir el País que anhelamos, pacífico, sin violencia; seguro y firme en cumplir y hacer cumplir la Ley; y así, podremos gozar del don de la vida y disfrutar la belleza de nuestro País, y México podrá cantar orgullosamente: “Aquí estoy con los hijos que Dios me ha dado y Dios está con nosotros.” Así sea. Y ¡Viva México!

No quiero dejar pasar estos momentos sin manifestar mi agradecimiento al Señor Gobernador del Estado de México, al gran amigo, el Lic. Enrique Peña Nieto, por el apoyo que nos está brindando en las obras benéficas que realizamos.